

1157  
(9)

Lima literaria.....Mucho dice este título, y para responder a lo que él significa y merece, se requeriría tiempo holgado, detenidos, profundos y aprovechados estudios, y, principalmente y ante todo, fuerza intelectual. De unos y otra ando escasa y sólo abundo en amor al tema; de él me valgo para esbozar algunos aspectos y personalidades de las letras ~~de~~ mi ciudad, mi dulce ciudad contradictoria, joven y tradicional, pues apenas cuenta cuatro siglos y es, desde sus comienzos, legendaria y, por madre de poetas, hija de la poesía.

Grato sería empezar este trabajillo dando el primer puesto cronológico en la historia literaria de la capital del Perú a la patrona excelsa de las Américas, Santa Rosa de Lima. La hagiografía nos la presenta en el retiro de su pobre celda, con hábito negro y blanco, encerrada en la toca dominica la pura belleza del rostro, coronada de las rosas por ella cultivadas y entonando la enamorada queja:

"Las doce han dado,  
mi Jesús no viene.  
¿Quién será la dichosa  
que lo entretiene?"

Autora de versos se ha querido hacer por esta copla a la seráfica limeña; la investigación folklórica y libresca destruye la suposición. La seguidilla que con variante, debida a su religioso fervor, cantaba nuestra santa, es la misma que hasta hoy tararean las muchachas andaluzas, la cual, naciendo culta, llegó a popular, pues según la autoridad ejecutoriada de D. Francisco Rodríguez Marín, la copla encuéntrase en una comedia de Vélez de Guevara, La luna de la Sierra, en un cancionero musical español impreso en Venecia a mediados del siglo XVI y, ascendiendo a su más probable origen, en La Celestina, ya que "Fernando de Rojas, ha más de cuatrocientos años, la puso en boca de su gentil y adorable Melibea(1).

Erudito ó indocto, el cantar expresa la eterna inquietud sentimental; y, leído ó escuchado, lo repitió, elevándolo a su místico espíritu Santa Rosa de Lima, que si no está vinculada a las letras por la propia producción, como Santa Teresa, la doctora imponderable, ó como la preclara mexicana Sor Juana Inés, es para el arte fuente inexhausta de inspiración.

Funda Pizarro en 1535 la ciudad de los Reyes y no tardan en convulsionarla discordias políticas que, en son de burla, glosa la anónima musa popular. "No parece sino que en cada soldado español hubiera encarnado un coplero", dice, aludiendo aludiendo a esas primicias, don Ricardo Palma (2)

Almagro pide la paz,  
los Pizarro, guerra, guerra,  
ellos todos morirán  
y otro mandará en la tierra,

era una de las cancioncillas que se tarareaban por las recién trazadas calles y plazas en días en que llegó a Lima aquel don Alonso Henríquez de Guzman, que se adjudicó el mote de El Caballero desbaratado, futuro autor de la Nueva obra sobre la muerte del adelantado don Diego de Almagro, que es el primer poema inspirado por la Conquista de América. Pero avanza el siglo XVI, pacifícase la Colonia, empieza a organizarse la vida institucional e inicia Lima su época fastuosa de capital de virreinato. Bajó el gobierno de don Francisco de Toledo se establece la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y le concede Carlos V, por cédula de 1551, los mismos privilegios que a la de Salamanca; surgen numerosos conventos, y en la mayor parte de ellos funcionan centros de enseñanza; en el silencio de las celdas escriben, en latín y en castellano, obras científicas, históricas y lingüísticas, los jesuitas José de Acosta y Blas Valera; pasa por los Reyes, camino a España, el Inca Garcíaso de la Vega, padre de las letras peruanas, y "como prosista, el mayor nombre de la literatura americana colo-

(1) El alma de Andalucía, por Francisco Rodríguez Marín. Madrid, MCMXXIX.

(2) Prólogo de Flor de Academias y Diente del Parnaso. Edición oficial. Lima, 1899.

CO-AP 2  
CAJ. 4  
DCC 11  
FOL. 11

nial;"(1) aparecen problemáticos versificadores, cuyo blasón es que Cervantes los mencionara en su Canto de Caliope, como Juan Dávalos de Ribera y el hijo del conquistador Nicolás de Ribera El Mozo, don Sancho de Ribera, por quien dijo el autor del Quijote:

"El que en la dulce patria está contento  
las puras aguas de Limar gozando  
la famosa ribera, el fresco viento,  
con sus divinos versos alegrando....."

Trae a Lima la primera imprenta el genovés Antonio Ricardo; y, símbolo del incitante misterio y de la gracia peculiar de la ciudad, inventan las limeñas el traje peculiar de saya y manto, origen de duradera literatura de galanterías, cuyas muestras iniciales encontramos en el deplorable poema La Argentina del arcediano Barco Centenera:

"Por la calle y la plaza a las ventanas  
se ponen que es contento de mirallas,  
con ricos aderezos muy galanas,  
y pueden los que quieren así hablallas.  
No se muestran esquivas ni tiranas,  
que escuchan a quien quiera requebrallas,  
y dicen, so el rebozo, chistecillos  
con que engañan, a veces, a los pillos.

.....  
Dejemos de contarlas una a una,  
pues fuera menester un largo canto;  
y mas que todas ellas no hay alguna  
que no tenga mil gracias. Y eso es tanto  
que a media noche allí para la luna  
y el sol a medio día, tanto cuanto  
por cobrar nueva luz y resplandores  
de las damas de Lima y sus primores".

Al correr de la centuria décimo séptima, acentúanse dos tendencias características en la existencia social e intelectual de la Lima de los Virreyes: la conventual y la cortesana. Culmina aquella en un monumento de las letras españolas: La Cristiada, de fray Diego de Ojeda. Refiriéndose a ella dice mi padre en el ya citado prólogo "y su juicio podría tacharse de parcial y apasionado, si el humorismo crítico no asomara en muchas de las Tradiciones dedicadas al terruño natal: "Tengo por cierto que la brisa tropical que en Lima se respira y lo irisado de su cielo en la hora crepuscular disponen el espíritu para las lucubraciones de la Fantasía..... El País, la naturaleza y el centro en que se vive son ~~xxxxxx~~ fuente de imagotable inspiración para el poeta. Sólo en Madrid habría podido el mexicano Alarcón escribir su Verdad sospechosa, y tal vez sólo en Lima y en medio de las flores del jardín de la Recoleta, podría el padre Ojeda concebir y llevar a término su magnífico poema La Cristiada".

Iniciase el aspecto cortesano con la relación de las exequias en memoria de doña Margarita, mujer de Felipe III, que mandó imprimir el virrey marques de Montecala. Los; le sucedió el príncipe de Esquilache, galán caballeresco y elegante escritor, que acostumbraba reunir semanalmente en Palacio a ilustrados señores para tratar de intelectuales temas. Mostróse incrédulo acerca de este dato D. Marcelino en la primera edición de su Historia de la poesía hispanoamericana; pero en la siguiente, con franca rectificación, lo dió como bueno. Esquilache vigiló celosamente la representación de comedias y autos sacramentales. "Deber del que gobierna-declaraba- es ser so-lícito por que no se pervierta el gusto". Máxima sabia, aunque de aplicación restringida y hasta peligrosa entre nosotros, ~~donde nunca abunda~~ gobernantes con el entusiasmo y los conocimientos literarios del virey poeta.

Con vuelo mucho más bajo que en la Recoleta dominica movíanse las plumas en otros monasterios, y acopiaban en sus Corónicas noticias para el futuro el agustino Calancha y el limeño fray Juan Meléndez, en tanto que otros religiosos, también

(1) Historia de la Poesía hispano americana, por Marcelino Menéndez y Pelayo.

Aguirre en la Tradición

nacido

nacidos en los Reyes, como el franciscano Ayllón y el dominico Alecio, escribían sendos poemas gongorinos titulados A los mártires del Japon, y El Angélico, y el jesuita Rodrigo Valdes, en romances hispanolatinos, dedicaba enrevesados encomios a las Grandezas de Lima.

Un curioso problema literario ofrece la juvenil Lima del Seiscientos: la existencia, el nombre, el sexo de la supuesta limeña Clarinda, cuyo discurso en Llor de la poesía prologa la única parte que hasta la fecha se haya impreso del Parnaso antártico de Diego Mexía de Fernangil, el sevillano. La importancia de este poema elogiado por Cervantes en El viaje del Parnaso, no se cifra únicamente en los datos literarios que contiene, pues en él se habla, con cierto detenimiento, de los bardos peninsulares y criollos que había por entonces en el Perú; su mérito intrínseco hizo opinar a Rafael Pombo "que rara vez, en verso castellano, se ha discurredo más a alta y poéticamente sobre la poesía". Con entusiasta inspiración exclama el poeta, que, varón ó dama, lo fué Clarinda:

El verso con que Homero eternizaba  
los que del fuerte Aquiles escribía *conubia*  
y aquella pena con que lo dictaba

quisiera que alcanzaras, musa mía,  
para que en grave y sublimado verso  
cantaras en llor de la poesía.

Ni búsquedas en archivos, ni controversias críticas han logrado todavía poner en claro la sugestiva y velada personalidad de quien escribió los espléndidos ~~terceros~~ tercetos para dejarlos como muestra singular, pues no volvió a pulsar la lira, de su cultura clásica y su vigoroso estro.

Honra el final de la centuria un verdadero vate satírico, don Juan del Valle y Caviedes, cronológicamente el primer poeta limeño, pues los que le precedieron no pasan de ser versificadores y, en justiciera crítica total, uno de los que más elevado puesto merece en nuestro Parnaso, pequeño y florido. Criollo neto, sávido fruto de cepa española que brotó en las márgenes del Rímac bullanguero, el claro ingenio de Caviedes reúne, en superior concreción, las más típicas condiciones de la mentalidad de sus coterráneos: imaginación viva, aguda percepción de lo cómico, acierto en las hipérboles burlonas, chiste espontáneo y denguaje fácil y desenvuelto. Según el preclaro argentino don Juan María Gutierrez, primer crítico del poeta de la Ribera, a éste "faltóle nada más que la maestría aprendida del pincel, que la idea estaba clara y bien impresa en sus razones". Hombre de vida un tanto borrascosa y de escasas letras, quizás libróle esto último de exageraciones culteranas y conceptistas, aunque sobresaliera en el manejo del retruécano, tan en armonía con el gusto de su época, con el género que cultivó y con la indudable tendencia quevedesca que se advierte en las composiciones de su Diente del Parnaso, influencia de la musa licenciosa que inspiró al gran don Francisco las jácaras y romances festivos, no la del pensador profundo de la Vida de Marco Bruto, Los sueños y las Zahurdas de Putón. Sin embargo, nuestro poeta de la Ribera (1) no se limitó a zaherir con implacable zumba a los Galenos de su tiempo y a rimar picardías eróticas; el satírico se transforma en lírico en las dolidas endechas a la muerte de su mujer, en los Romances amorosos, de tan delicado sentimiento y fina galantería, en las Lamentaciones a sobre la vida en pecado, glosa calderoniana de grave y honda ~~mas~~ religiosidad. Huelga añadir que estos brotes emocionados no constituyen la manera genuina de Caviedes y que a sus dotes de costumbrista risueño y a su vena humorística debe la perduración de su fama como fundador del género cultivado y enaltecido en siglos posteriores por los Pardo, Segura, Fuentes, Palma, Yerovi y otros representantes del limeñismo literario, que tuvo con el poeta de la Ribera afortunada iniciación.

(1) Se le llamó así, aludiendo al barrio en que tenía un tenducho de baratijas

de los tres hermanos Pinelo: Diego, rector de San Marcos; Antonio, bibliógrafo y geógrafo, nacido en Tucumán, y Juan, loado por Lope de Vega en El Laurel de Apolo.....

Nuestro siglo XVIII es erudito y palaciego; no escaseaban sesudos varones que se quemaban las pestañas hojeando mamotretos y escribiendo obras científicas, y pululaban artificiosos vates que en alambicados versos manifestaban alegría, entusiasmo, pesadumbre, según los casos, y siempre rendimiento servil, con ocasión de nacimientos, bodas, proclamaciones y muertes de individuos de la real casa española. Las composiciones no sólo se escribían en ampuloso y retorcido castellano, sino en latín, quechua, portugués, francés, italiano e inglés: adulación políglota. En las combinaciones métricas se llegaba al colmo del rebuscamiento: acrósticos, tecnología de profesiones, oficios y artes diversos, octavas formadas con voces que principiaban por la misma letra, versos de pie quebrado, en fin, extravagancias y caprichosos disparates comparables a los de los vanguardistas que se han quedado a retaguardia; hay unos cuantos que abren brecha.

A la casona que tuvo como su primer señor al fundador de los Reyes, Francisco Pizarro, heróico guerrero, y marqués indocto, un marqués letrado, el de Castell-dos Rius, la convirtió en academia, la cual, por cierto, tuvo ~~extrema~~ corta duración, pues a los seis meses de establecerla falleció el viejo, bondadoso y culterano virrey (1710)

Flor de Academias se llama el manuscrito de las veintitua veladas, inédito por espacio de casi dos centurias y publicado en edición oficial, el año 1899, por el director de la Biblioteca de Lima, don Ricardo Palma, autor del prólogo y de los juicios sintéticos que lleva la obra. Concurrían a las veladas aristocráticas señoras; pero como aún no existía el gremio de cronistas sociales, ignórase si se escandalizaban de las expresiones crudas que en no pocas producciones campeaban o si disimulaban, tras el varillaje de los abanicos, bostezos provocados por el farrago de versos laberínticos. No todos lo eran; hubo veladas felices en las que, para desarrollar los temas con que el virrey ponía a prueba el ingenio de sus convidad dos, se leyeron romances fluidos, armoniosos quintillas y vejámenes muy castizamente escritos, alguno del propio Castell-dos-Rius, a quien se le puede perdonar el pobre nomen en gracia a su correcta prosa.

Los nombres de algunos de los académicos se salvarán del total olvido, como el del primer conde de la Granja, que nació en Madrid y pasó en América, al servicio de la Corona, la mayor parte de su larga existencia. En su Canto a Santa Rosa, el ya anciano conde se refiere a la historia de la ciudad, encomia sus paisajes y la exalta con máximo elogio, cuando dice que la gloriosa criolla

"no pudiendo en el cielo, nació en Lima"

Con el cantor de Santa Rosa, y en superior lugar, debe mencionarse al sabio polígrafo don Pedro de Peralta, tan alabado por el insigne Feijóo, y autor, a más de otras obras, del extenso y conceptuoso poema Lima fundada, y a Bermúdez de la Torre, a quien se deben los mas lindos y salados versos de Flor de Academias, que escribió numerosos opúsculos y fué rector de la Universidad.

Siglo erudito en Lima el de estos dos catedráticos, ~~de los hermanos Pinelo,~~ de don Eusebio de Llanos Zapata; siglo palaciego y erudito, que comenzó con las tertulias académicas de Castell-dos-RIUS y terminó con la fundación de la innovadora sociedad Amigos del País, auspiciada por el virrey don Francisco Gil de Taboada y Lemos.

No pudo faltar en la centuria dieciochesca la nota pícaro; hallámosla en el Ciego de la Merced, fray Francisco del Castillo, repentista popular, de chispeante ingenio y lenguaje siempre fácil y con frecuencia desvergonzado, y en un escritor no falto de conocimientos, el andaluz Esteban de Terralla, a quien es pertinente nombrar aquí a título de precursor de los detractores de nuestra ciudad. Despejado, ocu rrente, vivaz, de pronta inspiración y ameno estilo, Terralla conquistó la ~~participación~~ del virrey Croix, que disculpaba indulgente sus excesos y calaveradas; desaparecido el poderoso apoyo, el vate truhán, que pagó con enfermedades, pobreza y aislamiento su libertinaje, ~~quiso~~, con rencoroso despecho, hacer a la sociedad responsable de sus males, y escondiendo su nombre bajo el seudónimo de Simon Ayanque, publicó una colección de romances injuriosos titulada Lima por dentro y fuera. Los malévolos conceptos sobre la ciudad y sus gentes se hallan en abierta oposición con los del opúsculo en verso escrito <sup>anteriormente</sup> por Terralla para celebrar la recepción del virrey Gil y Lemos y aún con el ingenioso y agudo artículo de costumbres, titulado Vida de muchos ó una semana bien empleada por un currutaco de Lima. De aquella caústica diatriba dice don Juan María Gutiérrez que "tanto podía ser la descripción de Sevilla ó de México como de la capital de los Reyes, pues no tiene sino generalidades...." Por supuesto que la opinión serena a posteriori del eminente crítico argentino difiere mucho de la de su momento: entonces indignóse el sentimiento público, un regidor del Cabildo mereció voto de aplauso por solicitar la recogida del libelo y el impresionante pueblo quemó sobre el proscenio del teatro cuantos ejemplares de la chusca diatriba pudo hallar.

X Al cumplirse el primer cuarto del siglo XVIII, la capital del virreynato vio nacer al varón ilustre que sería el primer impulsor de su resurgimiento después del terremoto de 1746: don Pablo de Olavide. El hada voluble de la contradicción presidió su existencia brillante y tempestuosa, que aún espera al escritor moderno que fije esa oposición de luces y de sombras en una biografía novelada. Pretendiendo con títulos justísimos, a una cátedra universitaria, se la dan a otro, y, en graciosa compensación, a él lo nombran Oidor de la Audiencia y Auditor de Guerra; recometa a juicio por dilapidación de fondos. Marchóse a España, salió absuelto en el proceso y se casó con una acaudalada viuda que, tanto por la edad, como por su natural bondadoso, tuvo para con el marido generosidad y tolerancia maternales. Ausente definitivamente del Perú en 1752, los largos años que pasó Olavide en Francia, Suiza y España los marcan triunfos resonantes y dolorosos fracasos, anverso y reverso de la medalla en la cual, como demostración de que la antinomia dominó también en la literatura del gallardo limeño, podría leerse en una cara los títulos de las tragedias clacisistas que tradujo del francés en sus días radiosos de mundano y librepensador, y en la otra los nombres españoles de las obras devotas que escribió en su vejez contrita: El Evangelio en Triunfo, El Salterio y los Poemas cristianos

Murió Olavide en 1803, lejos de su tierra nativa y cuando ya aparecían en ella las nuevas tendencias ideológicas que, esbozadas al expirar el XVIII, darían al siglo entonces naciente fisonomía y carácter ya decididamente nacionales.

Mucho se ha dicho y repetido que el siglo XX comenzó con lagran guerra, pues vivió únicamente de rezagos del anterior hasta el estallido de la enorme tragedia. Analogamente podría afirmarse que la centuria décimonona comenzó, para el Perú, en los años finales del anterior, cuando el limeño don José Béquijano y Carrillo, conde de Vista Florida, fundó la sociedad Amantes del país, cuyo órgano fué el Mercurio Peruano, excelente revista de altos estudios, blasón del periodismo continental, cuyos redactores, según acertado juicio de Raúl Porras, "al proponerse al Perú como objeto de estudio en todos los órdenes del saber, afirmaron el sentimiento patriótico que había de impulsar la revolución. Constructores serenos del porvenir, pusieron sin jactancia ante los ojos del virrey incauto que los protegía, los cimientos de la patria latente".

Los esfuerzos para la formación y estabilidad de este patria y las luchas, precipitados avances y regresiones que todo cambio trascendental lleva consigo, aunque no destruyan la impronta secular, marcan en las colectividades nuevas tendencias que determinan las de la producción literaria o de ella reciben el impulso. Y fueron esas nuevas y libres tendencias, en nuestra ya republicana Lima del siglo XIX, variadas, abundantes y, no pocas veces, contradictorias; y numerosa, en relación al medio, la cantidad de sus representantes. A ambos motivos me acojo para para disculpar anticipadamente deficiencias y omisiones en esta parte de mi trabajo; tratar de todos los escritores de Lima independientemente significa tarea superior a mis alcances; la simple mención de ellos sería cansada <sup>repetición</sup>. Procurando salvar ambas dificultades, me referiré, de preferencia, a los ingenios que, no tanto por nacidos en ella como por haber sabido reflejar en sus libros el espíritu de la ciudad, contribuyeron a crear una Lima literaria.

En obligado paralelo, recordemos a los zumbáticos costumbristas y comediógrafos que pusieron con hábiles manos los cimientos del teatro criollo: don Felipe Pardo y don Manuel Ascencio Segura. Sus mismas diferencias de manera completan y realzan en el conjunto la obra individual. Retoño de la aristocracia limeña, querido discípulo de Lista, compañero de Escosura, Molins y Ventura de la Vega, comparable a Larra en la sátira buida de sus artículos de costumbres, a Moratín en la intención docente de sus comedias, Pardo refleja y ridiculiza, en estilo terso y rico que revela la solidez de sus estudios clásicos, tipos y usos de la clase encopetadas de su villa natal. Segura, criollo genuino, sin viajes por Europa ni asistencia a centros académicos, pero con inteligencia despierta, claras dotes de observador y gran soltura para versificar, haciendo hablar a sus personajes sabroso lenguaje aderezado con modismos populares, nos da en sus comedias y en sus artículos y versos festivos la pintura regocijada y campechana de las clases modestas de Lima, aquella Lima ya lejana, risueña, jaranista y sin otras complicaciones que los trastornos revolucionarios y las intrigas galantes, tramados al amparo del manto difrazador. Con frase pedantesca, podría decirse que en nuestra naciente literatura Pardo ejerció el mester de clerecía, y Segura el mester de juglaría; mas el anacronismo resultaría demasiado escandaloso y obligaría a prescindir de un aspecto importante en la obra de uno y otro: la sátira política. Manejaronla ambos; pero, de cuán distinto modo! Segura, superficialmente, en producciones circunstanciales, atacando con franca burla abusos, desórdenes y artimañas que no le sorprendían. Pardo, con escéptico sarcasmo y penetrante agudeza, que descubrían sus amarguras de aristó-



Ciudad de los amores. Tú siempre grande has sido;  
 por eso no te emboza la capa del olvido:  
 fué grande tu jolgorio, fué grande tu aventura;  
 y fueron tambien grandes tus días de amargura.....  
 ¡quien rió tu alegría, quien lloró tu quebranto,  
 quien enjoya a su musa por atávicas leyes  
 con la heráldica pompa de tus claros Virreyes  
 ó la envuelve en misterios con su saya y su manto  
 te devuelve lo tuyo, porque tuyo es su canto.

en algunas novelas realistas de Mercedes Cabello de Carbonera; en las sentimentales de Lastenia Larriva de Lloná; en las donosas letrillas que con el seudónimo F+F. escribían Federico Elguera y Federico Blume; en el poema de Carlos Amézaga a la La procesión del Señor de los Milagros..... Extensa sería la lista y deplorable los olvidos; advierto uno, y mi afecto se apresura a repararlo, poniendo el nombre de aquel chispeante autor de epigramas que fué el menor de los miembros de la vieja bohemia y su último sobreviviente: Acisclo Villarán.

También en el siglo XX el alma contradictoria de Lima, legendaria y novelera, vibra en la voz sonora y emocionada de sus poetas. Chocano suavizando los sonos de su orquestación épica, dice a la ciudad querida: *(ciudad de los amores)*

*a Lima*  
 José Gálvez pone bajo el signo florido a la mística patrona del Continente Santa Rosa de Lima, que naciste junto al rosal de la primera rosa, y que eres para el pobre y para el triste consolación y ayuda generosa; por tu sangre escarlata que en el suplicio místico vertiste, por tí, que intercediste por tu ciudad, se amedrentó el pirata, huyó la peste y escondióse el daño, y los jardines tienen todo el año las rosas que encarnaste y bendeciste. .... Fué así como del cielo bajó la Gracia a la ciudad; los broncees no cesan desde entonces de proclamar con ardoroso anhelo el místico reinado de la rosa; por ella es leve y fina la Ciudad, y su encanto se adivina en su clausura lírica y celosa, en sus quintas soleadas, en sus rejas labradas y floridas, y en sus moros balcones, hechos para guardar los corazones. Por ella en todo hay rosas. Rosas en las caritas infantiles y hasta en los rostros de las viejecillas que aún recuerdan amorosas llamas; rosas en los marfiles de las manos, y sobre las mejillas y en la gracia y pudor de nuestras damas; en la aurora que adviene y en el sol que se va con su radiosa rosa entre su ceniza dolorosa; y hasta el lucero de la tarde tiene, en nuestros cielos una lumbre rosa.....

Luis Fernán Cisneros, que asegura que el limeño ama a la vida como ama a las mujeres, galante le pregunta a su Mujer *no sólo galante es el galante ensalzador de sus contemporáneas; ¡además vive libremente el pasado de la ciudad!*

No arranca tu tipo del daguerrotipo de esotra morena, igual a mi madre, buena, buena, buena, de raya a la frente, de trenzas colgadas, que enmarca la lumbre de negras miradas, pudoroso el gesto, rezadoras manos, -bonita era ella, no la Castellanos-, muñeca que un día, rebelde ante el yugo, envuelta en su encanto de saya y de manto, soslayando en cuitas al rey y al verdugo, atizó la hoguera de la fe guerrera, descolgó la espada, tetempló la hoja,

*aquí "Sobre la Playa de Lima..."*

sigilosamente tejió la bandera  
 roja, blanca, roja,  
 cruzando senderos  
 y, sobrecogida del ruido y las luces  
 de los arcabuces,  
 curó las heridas de los granaderos,  
 y acabó mirando, bajo vivas llamas,  
 entre los laureles y los oriflamas,  
 y las vanidosas púrpuras triunfales  
 de los generales,  
 a Simón Bolívar, de pronto perplejo  
 ante su belleza pálida y serena,  
 en medio al cortejo  
 del rojo festejo  
 de la casa quinta de la Magdalena?

~~XX~~

Un vate novel, Eduardo Martín Pastor, *con amorosa devoción, entona el requie-  
 ro y letanía de Lima* (aquí a Porras Barrenechea)

Y Leonidas Yerovi, que siendo una magnífica realidad del criollismo literario, era también, por su juventud, la mejor promesa cuando la muerte lo arrebató, concretó donosamente tres épocas del epistolario amoroso de Lima en estas ágiles e intencionadas quintillas

(Los novios a través del tiempo)

Las sucesivas tendencias y modalidades literarias llegaron a la Lima virrey-  
 nal con retraso inevitable en esos tiempos de comunicación lenta y de autorita-  
 rismo contrario a las libres divagaciones del pensamiento. Empleaban todavía los  
 bardos limenses el metro de Juan de Mena cuando ya la influencia italianizante,  
 que introdujo Boscán y enalteció Garcilaso, había revolucionado la métrica castel-  
 lana. Decaía en la Península la escuela gongorina, y en los Reyes bardos cortesanos  
 perdíanse en sus alambicamientos y extravagancias, sin penetrar en su quintaesenci-  
 ciado refinamiento. Estremecía a Europa la revolución francesa mientras en Lima lec-  
 toras y lectores clandestinos de los filósofos y enciclopedistas que la forjaron,  
 comenzaban a dar a los inquisidores la tarea de apuntarlos, como aficionados a li-  
 bros prohibidos, en sus registros, ya disminuidos de prestigio temeroso. Por espacio  
 de tres centurias fué, pues, la literatura en nuestra capital imitación candorosa  
 y desvaído reflejo; pero de tales deficiencias y errores de principiante la redime  
 gloriosamente, dándole su más típico acento, un auténtico poeta: Juan de Caviedes,  
 que se encontró a sí propio al interpretar el espíritu de la ciudad con el mismo  
 sentido humorístico que mucho más tarde, ya en el siglo XX, había de palpar en  
 las poesías del malogrado Leonidas Yerovi, vate semejante al padre del criollismo  
 en la fluidez y el gracejo picante, y que le superó por las ventajas que a su men-  
 talidad dió la época: caudal de lecturas, complejidad de ironista, clima de libertad

Con relación al momento de su apogeo en Europa, podría decirse que el roman-  
 ticismo también nos llegó con retardo; en realidad, surgió en su hora, la hora propi-  
 cia del ensanchamiento de los horizontes y el alborar de soñadas ~~auroras~~ auroras  
 Luego, el ritmo de la vida se acelera en ambos continentes, las distancias se redu-  
 cen, y lo que antes únicamente fué ingenua copia, se convierte en lógica influen-  
 cia, que, en casos de excepción, envuelve reciprocidad. Influencia, sí; pero, a la par,  
 independencia, matíz propio; lo poseen los intelectuales limeños que se iniciaron  
 cuando ya el siglo XX llamaba a la puerta: el poeta Chocano; los prosadores Xavier  
 Prado, prematuramente desaparecido, Clemente Palma, Enrique Carrillo, Enrique Castro  
 Oyanguren, Manuel Beingolea.

Los literatos de esa generación y los de los numerosos grupos que van apare-  
 ciendo en la centuria actual expresan, en la diversidad y contraposición de sus  
 orientaciones, las múltiples inquietudes que agitan al hombre moderno. Qué refle-  
 jos, qué impulsos son los de esas inquietudes en nuestra Lima literaria de hoy?  
 Intentar reseñarlos excedería los límites de este trabajo y, probablemente, las  
 posibilidades de su autora. Difícil es ver claro a través de la atmósfera que nos  
 envuelve, emitir juicio imparcial sobre el drama cuando formamos en el coro anóni-  
 mo.

Pero hay algo que se percibe con nitidez: Lima, legendaria ó dinámica, no perderá al evolucionar su categoría artística; será siempre inspiradora. Como tal alienta en ~~la literatura de este siglo~~ nuestra literatura de este siglo, sea objeto de ataque, de estudio, o, de loa, riegos fecundadores que siguen direcciones distintas y en los que la luz se quiebra en variadas irisaciones, pero que brotan del mismo perenne manantial: el espíritu de la ciudad. Ese espíritu amable vive en los libros y les impone el sello de gracia del estilo. Ya lo dijo, con clarividencia de poeta, Eduardo Marquina:

Como tienes estilo, tienes fama,  
ciudad de Lima.....